

agua salada, y Gilliatt se sumergió en ella, restregándose al mismo tiempo con la palma de la mano, cuyas fricciones hacían desaparecer las abolladuras.

Retrocediendo y avanzando al hundirse en el agua, se encontró, sin percibirse de ello, á la entrada de la especie de caverna que antes vió cerca de la hendidura donde le acometió el pulpo.

Dicha caverna se prolongaba oblicuamente y se quedaba en seco debajo de las paredes grandes de la cueva. Los guijarros allí acumulados habían levantado el fondo sobre el nivel de las mareas ordinarias.

Aquella escabrosidad era un arco de bóveda rebajado de medio punto, por el que podía entrar un hombre agachándose. La claridad verde de la gruta submarina penetraba en ella, dándole débil claridad.

Mientras Gilliatt friccionaba de prisa su piel tumificada, levantó maquinalmente los ojos y dirigió la vista á la caverna.

Se estremeció. Creyó ver en la oscuridad, en el fondo de aquel agujero, una especie de cara que reía.

Gilliatt sintió un alucinamiento. Los misteriosos encuentros con lo inverosímil, que por explicárnoslos de algun modo llamamos alucinaciones, existen en la naturaleza. Ilusiones ó realidades, las visiones pasan, y el que se encuentra ante ellas las vé. Ya dijimos que Gilliatt era soñador. Poseía la grandeza de alucinarse algunas veces como un profeta. No se sueña impunemente en los lugares solitarios.

Como era hombre nocturno, creyó en uno de esos espejismos que más de una vez le habían dejado estupefacto.

La escabrosidad figuraba con bastante exactitud un horno de cal. Era una especie de nicho bajo, de forma de asa de cesto, cuyos arcos abruptos iban estrechándose hasta la extremidad de la cripta, donde el piso de guijarros y la bóveda de la roca se juntaban, terminando en un callejón sin salida.

Entró allí inclinando la frente y se dirigió hácia el objeto que veía en el fondo; en efecto, algo se reía allí.

Era una calavera. Solo encontró una cabeza y un esqueleto.

Un esqueleto humano estaba acostado en aquella caverna.

Gilliatt miró á su alrededor y se vió cercado de innumerables cangrejos, que no se movían y presentaban el aspecto de un hormiguero muerto. Todos esta-

ban inertes, vacíos, en grupos sembrados sin concierto, formando en el pavimento de guijarros de la cueva constelaciones deformes.

Al extremo de la cripta, donde Gilliatt había llegado, era aun más considerable la multitud de cangrejos, que formaban un erizamiento inmóvil de antenas, patas y mandíbulas. Pinzas abiertas se sostenían derechas y no se cerraban. Las cajas oseosas no se movían bajo su bóveda de espinas, y algunas, vueltas del revés, presentaban un hueco lívido.

Debajo de aquel montón estaba el esqueleto.

Se veía en medio del revoltijo de tentáculos y de conchas el cráneo con sus estrías, las vértebras, los fémures, las tibias y los dedos largos y nudosos con sus correspondientes uñas. La caja del pecho estaba llena de cangrejos. Musgos marinos tapizaban las cuencas de los ojos. Las lapas habían dejado sus babas en las fosas nasales. No había en aquel rincón de la roca ni fucos, ni yerbas, ni un soplo de aire. Los dientes parecían que se reían.

El maravilloso palacio del abismo, recamado é incrustado con todas las pedrerías del mar, se revelaba por fin y divulgaba su secreto; era la guarida que habitaba un pulpo; era la tumba en que yacía un hombre.

La inmovilidad espectral del esqueleto y de los animaluchos oscilaba vagamente á causa de la reverberación de las aguas subterráneas, que temblaban sobre aquella petrificación. Parecía que la turba de cangrejos acabara de saciar su apetito, parecía que las cáscaras y las conchas se habían comido aquella osamenta. Causaba extrañeza ver los gusanos muertos sobre la presa muerta.

Gilliatt se encontraba en el comedor del pulpo.

Los cangrejos se comieron al hombre y el pulpo se había comido los cangrejos.

Cerca del cadáver no había restos de su traje; el hombre debió morir desnudo.

Gilliatt empezó á quitar los cangrejos de encima del cadáver para ver si le reconocía. El cadáver estaba admirablemente disecado como para una preparación anatómica; tenía toda la carne eliminada, no le quedaba ni un músculo, no le faltaba ni un hueso. Los periostios descubiertos estaban blancos y limpios, y á no tener algunas manchas verdes de confervas esparecidas por diferentes puntos, hubiera parecido un es-



GILLIAT DESCIFRÓ LAS LETRAS Y LEYÓ. SIEUR CLUBIN

queleto de marfil. El cadáver estaba como enterrado debajo de los cangrejos muertos.

Gilliatt, encorvándose, le estaba desenterrando.

Al examinarle vió que llevaba alrededor de la columna vertebral una especie de cinto.

Era un cinturón de cuero, que el hombre indudablemente llevó por encima del vientre sujeto por una hebilla.

El cuero estaba enmohecido, la hebilla llena de orin.

Gilliatt tiró del cinturón, pero las vértebras se resistieron, y para sacarlo tuvo que romperlo. Estaba intacto y empezaba á formarse en él una corteza de mariscos.

Palpándolo conoció que encerraba un objeto duro y de forma cuadrada; como era imposible deshacer la hebilla, cortó el cuero del cinturón con la navaja.

El cinturón encerraba una cajita de hierro y algunas monedas de oro. Gilliatt las contó: había veinte guineas.

La cajita de hierro era una tabaquera de marino, que se abría por medio de resorte. Estaba enmohecida y herméticamente cerrada. El resorte, oxidado, había perdido el juego.

La navaja volvió á sacar de apuros á Gilliatt. Con la punta de la hoja hizo saltar la tapa de la cajita.

Se abrió: en ella solo encontró papel.

Un paquetito de hojas delgadas y dobladas llenaba el fondo de la caja; estaban húmedas, pero no deterioradas. Gilliatt las desdobló y las examinó: eran tres bank-notes de mil libras esterlinas cada uno, que juntos sumaban setenta y cinco mil francos.

Gilliatt los volvió á doblar y á meter en la cajita, en la que quedó sitio suficiente para meter también las veinte guineas, y la cerró lo mejor que pudo.

Después examinó el cinturón.

El cuero, que estuvo barnizado por la parte de fuera, no tenía barniz por el interior; en él vió trazados algunos caracteres escritos con tinta negra é indeleble, que decían: *Señor Clubin*.

V.

En el espacio que separa seis pulgadas de dos piés hay sitio para meterse la muerte.

Gilliatt dejó la caja en el cinto y se metió éste en el bolsillo del pantalón. Salió de allí.

Mientras se entretuvo con el pulpo y

con el esqueleto, el flujo creciente había inundado el corredor por donde entró. Solo pudo subir buzando por debajo del arco, lo que no le costó gran trabajo, porque conocía la salida y era maestro en la gimnasia del mar.

Puede comprenderse el drama que se representó allí diez semanas antes. Un monstruo cogió á otro: el pulpo se apoderó de Clubin.

Se realizó en la oscuridad inexorable lo que casi podríamos llamar el encuentro de las hipocresías. Se verificó en el fondo del abismo el abordaje entre dos existencias formadas de expectativas y de tinieblas, y una de ellas, la bestia, mató á la otra. Justicias siniestras!

El cangrejo se nutre de carroña; el pulpo, de cangrejos. El pulpo detiene al paso á animales que nadan, á la nutria, al perro, al hombre cuando puede; se bebe la sangre y deja en el fondo del agua el cuerpo muerto. Los cangrejos son los escarabajos necróforos del mar. Los atrae la carne podrida; acuden, se comen el cadáver, y el pulpo se los come á ellos. Los seres muertos desaparecen dentro del cangrejo, y el cangrejo desaparece dentro del pulpo; ya indicamos algo respecto á esta ley.

Clubin fué el cebo del pulpo; el pulpo le sujetó y le ahogó, y los cangrejos le devoraron. Una ola le arrojó dentro de la cueva hasta la caverna donde Gilliatt acababa de encontrar su cadáver.

Gilliatt se marchó de allí, escarbando en las rocas, en busca de erizos y de lapas, no queriendo ya comer cangrejos, porque hubiera creído que comía carne humana.

Pensaba en comer pronto antes de partir, porque ahora ya nada le detenía allí.

A las grandes tempestades sigue siempre profunda calma, que á veces dura algunos días. El mar no ofrece ya peligro. Gilliatt estaba decidido á partir al día siguiente. Era útil conservar durante la noche, por causa de la marea, el dique que colocó entre los Douvres. Gilliatt pensaba deshacerlo al amanecer, sacar el barco del escollo y hacerse á la vela en dirección de Saint-Sampson. La brisa apacible del Sudeste que soplabá era precisamente el viento que más le convenía.

Empezaba el primer cuarto de luna de Mayo y los días eran ya largos.

Cuando Gilliatt terminó su excursión por las rocas y casi satisfizo su estómago, volvió al canal de los Douvres don-

de se encontraba su barco. El sol se había ya puesto, y el crepúsculo duplicaba su claridad con la ayuda de la naciente luz de la luna. El flujo, llegado á su plenitud, empezaba á descender. La chimenea de la máquina, enhiesta sobre el buque, que cubrieron las espumas de la tempestad con una capa de sal, plateaba al reflejo de la luna.

Esto recordó á Gilliatt que la borrasca arrojó dentro del barco mucha agua de lluvia y de mar, y que queriendo partir al día siguiente tenía que vaciar el barco. Cuando le dejó para ir á cazar cangrejos observó que había cerca de seis pulgadas de agua en la sentina. Su pala de desagüe bastaba para echarla fuera.

Al volver al buque se encontró con que había calado mucho más de lo que él creía; se encontró con que hacia agua.

Cargado como iba el barco, veinte pulgadas de agua eran un exceso peligroso; poco más necesitaba para irse á pique. Si Gilliatt hubiera acudido una hora más tarde, quizá ya no hubiera visto fuera del agua más que la chimenea y el mástil.

No podía perder un minuto. Le era indispensable buscar la vía de agua, taparla y luego vaciar la barca, ó aligerarla cuando menos. Las bombas de sacar agua de la *Duranda* se habían perdido en el naufragio; y Gilliatt se vió reducido á servirse del achicador del buque.

Gilliatt empezó á trabajar inmediatamente, sin vestirse siquiera, á pesar de estar tiritando; pero ya no sentía hambre ni frío.

El barco continuaba llenándose; por fortuna no hacia viento. El menor balance le hubiera podido echar á pique.

La luna se ocultó. Gilliatt, á tientas, encorvado, metiendo en el agua más de la mitad del cuerpo, examinó mucho tiempo al barco, hasta que encontró la avería.

Durante la tormenta, al torcerse el barco, tocó el fondo y chocó con violencia contra la roca, y uno de los picos de la *Douvre* menor le hizo una fractura en el casco á estribor.

La vía de agua estaba, por desgracia, junto al punto de encuentro de las dos pueras; esto, añadido al sobresalto que ocasionó la tormenta, impidió á Gilliatt en su rápido exámen distinguir entonces la avería.

Alarmaba la fractura por ser grande,

pero aunque estaba sumergida por la crecida interior del agua, tranquilizaba ver que estaba por encima de la línea de flotación.

En el momento de hacerse la grieta el oleaje sacudía rudamente el estrecho, y no había ya nivel de flotación; las olas penetraron por la rotura del barco, y este sobrepeso le hundió algunas pulgadas; después que el mar se apaciguó, el peso del líquido infiltrado volvió á hacer subir la línea de flotación y á colocar la grieta debajo del agua. De esto provenía la inminencia del peligro. El agua había aumentado de seis pulgadas hasta veinte. Consiguiendo tapan la vía del agua se podía achicar la barca, y una vez vaciada, volvería á adquirir su flotación normal, la fractura saldría fuera del agua y entonces la reparación sería fácil.

Como ya dijimos, las herramientas de carpintería de Gilliatt se conservaban en bastante buen estado.

Gilliatt se reconvinó á sí mismo amargamente por no haber visto la avería cuando hubiera podido repararla con mayor facilidad. Debieran habérselo advertido las seis pulgadas de agua de la sentina; fué un estúpido atribuyéndolas á la lluvia y á la espuma. Se reconvinó también por haber dormido, por haber comido, por estar cansado; él tenía la culpa de todo. Las imprecaciones que se lanzaba contra sí mismo se mezclaban con la agitación de su faena, pero no le impedían trabajar.

Encontró la vía de agua, que era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no podía hacer más, porque se ejerce mal el arte de carpintero debajo del agua.

Era circunstancia favorable para él que la rotura del casco estuviera en el espacio que mediaba entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podían contribuir á sujetar el tapon de estopa.

El agua, sin embargo, ganaba terreno. La crecida había subido dos pies más. Le llegaba á Gilliatt el agua más arriba de la rodilla.

De profundis ad altum.

Gilliatt tenía á su disposición en la reserva de aparejos del barco un encerado embreado de bastante tamaño,

provisto de largas agujetas en las cuatro esquinas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus esquineras por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por la parte de la vía de agua, y echó el encerado por encima del borde. El encerado cayó como una sábana entre la *Douvre* y el barco y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina, lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto más empujaba el agua tanto más se adhería el encerado, que la misma marejada pegaba á la fractura. La herida del barco tenía ya aplicado el apósito. La tela embreada se interponía entre el interior de la sentina y las olas de fuera. No entraba ya ni una sola gota de agua.

La vía de agua estaba ya cubierta, pero no cerrada con estopas; aquello solo era un paliativo.

Gilliatt cogió la pala de desagüe y se puso á vaciar el barco. Era ya tiempo de aliviarle del excesivo peso. El trabajo hizo entrar un poco en calor á Gilliatt, pero estaba tan estenuado de fatiga, que no sabía si podría concluir de vaciar la sentina.

Media los progresos del trabajo por el descenso del nivel del agua en sus rodillas, que era lento.

La vía de agua, como acabamos de decir, solo estaba interrumpida, no reparada. El encerado, que empujaba el oleaje dentro de la fractura, empezaba á formar un tumor en la sentina, como si hubiese un puño debajo de la tela que se empeñase en romperla. La tela, que era sólida y embreada, resistía; pero la hinchazón y la tirantez aumentaban y la tela podría ceder y el tumor abrirse de un momento á otro, en cuyo caso volvería á empezar la irrupción del agua.

En estos casos el único remedio consiste en poner un tapon. Se echa mano de cuantos trapos se encuentran, de todo lo que en la lengua marítima se llama *forro*, para repeler como se pueda dentro de la grieta el tumor del encerado.

Gilliatt carecía de *forros*. Había consumido ya los guñapos y estopas que almacenó, y parte de ellos se los llevaron también las ráfagas.

Quizás hubiera podido encontrar algunos restos registrando las rocas. El buque estaba ya bastante aligerado para poder separarse de él un cuarto de hora; pero no podía hacer semejante recurso sin luz, y reinaba oscuridad completa.

No brillaba la luna y el cielo estrellado estaba sombrío. Gilliatt no contaba con ningún resto de jarcia seca para hacer una mecha, con ningún sebo para improvisar una vela, con ningún fuego para encenderla, con ningún farol para resguardarla del aire. Todo lo entreveía confuso y oscuro en el barco y en el escollo. Oía el agua zumbear alrededor del casco herido, pero como no veía la grieta, tuvo que conocer por el tacto la tensión creciente del encerado. No podía, pues, hacer á oscuras ninguna investigación útil de harapos, de tela y de cordaje que pudiera haber diseminados por las rompientes.

Gilliatt notó que habiendo disminuido dentro del barco la masa líquida, la presión exterior aumentaba. La hinchazón del encerado adquiría proporciones alarmantes. Crecía sin cesar, y la situación, que mejoró momentáneamente, volvía á ser amenazadora.

Las circunstancias reclamaban imperiosamente un tapon; para fabricarlo Gilliatt solo podía contar con su ropa.

Recuérdese que la había puesto á secar sobre las rocas salientes de la *Douvre* menor.

La recogió y la dejó en el borde del barco.

Tomó el capote embreado, y de rodillas dentro del agua, lo introdujo en la grieta, echando hacia fuera el tumor del encerado y por consiguiente vaciándolo. Después del capote metió la piel de carnero, después la camisa de lona y después el chaqueton. El agujero se lo tragó todo.

No llevaba más pieza de ropa que el pantalon, y se lo quitó para afianzar el tapon, que quizás aun era insuficiente. El tapon salía fuera de la grieta envuelto en el encerado. El oleaje, para entrar, empujaba el obstáculo, lo ensanchaba sobre la fractura y lo consolidaba como una especie de compresa exterior. Por dentro solo se repelió el centro de la hinchazón, pero quedaba alrededor del agujero y del tapon un rodete circular del encerado muy adherido, porque las desigualdades mismas de la fractura le retenían. La vía de agua estaba cegada.

Pero las agudas esquiras de la fractura, que fijaban el encerado, pudieran taladrarlo, y si lo conseguían, por los agujeros volvería á entrar el agua. Era poco probable que el tapon resistiese hasta el amanecer. La ansiedad de Gilliatt cambiaba de forma y la sentía cre-

cer al mismo tiempo que conocía que le abandonaban las fuerzas.

Volvió á vaciar la sentina, pero sus brazos estaban tan cansados, que apenas podían levantar el achicador lleno de agua.

Gilliatt iba desnudo y tiritaba. Veía acercarse siniestramente su última hora, pero le sonreía la esperanza de encontrar una eventualidad posible.

Quizá viese aparecer alguna vela en el mar; pudiera ayudarle algún pescador que por casualidad pasase por las aguas de los Douvres. Tenía necesidad absoluta de un colaborador; necesitaba que alguno le socorriese. De otro modo tenía que estar esperando toda la noche que rayase el día, y esta espera podía causar su perdición. Si hubiera á la vista el farol de algún buque, Gilliatt podría desde lo alto de la Douvre mayor hacerle señas. El tiempo estaba tranquilo, el mar también; no soplaban viento alguno, y pudieran ver muy bien al hombre que se agitaba en el estrellado fondo del cielo. No hay capitán de buque ni patrón de barca que, encontrándose por la noche en las aguas de los Douvres, no tenga la precaución de dirigir al escollo el anteojo de larga vista.

Gilliatt esperaba que le viesen.

Escaló el buque naufragado y por la cuerda de nudos subió á la Douvre mayor.

No vió ni una vela ni un fanal en todo el horizonte. El mar estaba desierto.

No podía resistir más ni era posible que encontrara ningún auxilio.

Gilliatt se descorazonó, lo que hasta entonces no le había sucedido.

No podía ya luchar, estaba condenado á una actitud pasiva, le dominaba la fatalidad. Su barco, la máquina de la *Duranda*, el penoso trabajo que había realizado, todo, todo iba á hundirse en el abismo.

El mar tenía á su discreción el aparato que improvisó Gilliatt y que aplicó á la vía de agua. ¿Cómo se portaría aquel obstáculo inerte? Ahora ya no era él, era el guñapo el que combatía. La hinchazón de una ola era suficiente para destapar el agujero; todo consistía en la mayor ó menor presión. Su situación iba á desembarazarse por medio de una lucha maquinaal entre dos cantidades mecánicas. Gilliatt, en lo sucesivo, ni podría auxiliar ni contrarrestar al enemigo; quedaba reducido á ser el espectador de su vida ó de su muerte.

Ninguno de los peligros ni de los horrores que había pasado tenían punto de comparación con éste.

Si el tapon cedía, si volvía á abrirse la vía de agua, era imposible evitar que el barco se fuese á pique; y sumergido en el fondo del agua, con el sobrepeso de la máquina, no había ya medio de sacarlo á flote. El magnánimo esfuerzo que hizo Gilliatt durante dos meses le conducía en definitiva á su anonadamiento. Tal vez al rayar el alba presenciara cómo su obra entera se hundía lenta é irremediabilmente en el abismo. Si se sumergía el barco, no le quedaba otro recurso más que morir de hambre y de frío, como el naufrago del peñasco el *Hombre*.

Todo su prodigio de trabajo abortaba, conduciendo á la impotencia su heroísmo inaudito; de este modo terminaría acaso la desesperación, el formidable combate aceptado, la lucha de la Nada contra Todo, aquella Iliada de uno solo.

Gilliatt miraba al espacio como un loco.

Estaba desnudo ante la inmensidad.

Entonces, en medio de su postración, en presencia de aquella oscuridad irreducible, entre el rumor de las olas y de las ráfagas, oprimido por la vasta fuerza dispersa y por la intención posible que puede haber en todas estas cosas desmedidas, se anonadó, renunció á toda resistencia, se echó sobre la roca, vencido, y juntando las manos en ademán de súplica, gritó: Misericordia!

Le aterraba la inmensidad y rezó.

Allí estaba solo, en medio del mar, muerto de fagita, como herido por el rayo, desnudo como el gladiador en el circo; pero su circo era el abismo, sus fieras las tinieblas, los ojos de su pueblo las miradas de lo desconocido, sus vestales estrellas, su César Dios.

Sus ojos se cerraron.

VII.

Lo desconocido oye.

Al día siguiente iluminó el mar un sol esplendoroso.

Su primer rayo alumbró en la meseta de la Douvre mayor una forma inmóvil, que era la de Gilliatt.

Continuaba echado sobre la roca.

Su desnudez helada, aterida, no ofrecía ningún estremecimiento. Sus pupilas estaban cerradas. Hubiera sido difícil de conocer si era ó no cadáver.

El sol parecía que le miraba.

Si no estaba muerto, le faltaba tan poco, que la menor bocanada de aire frío hubiera podido terminar su vida.

El viento empezó á soplar tibio y vivificador; se conocía que era el aliento de la primavera.

El sol en el cielo azul destellaba sus rayos menos horizontales y caldeaba la atmósfera.

Su calor envolvió á Gilliatt, que no se movía. Salía de sus labios una de esas respiraciones próximas á extinguirse, que apenas empañarían un espejo.

El sol prosiguió ascendiendo y dejando caer sobre Gilliatt sus rayos, menos oblicuos cada vez. El viento tibio poco á poco era más caliente.

El sol, aproximándose al cenit, cayó á plomo sobre la meseta de la Douvre, con prodigalidad de luz, á la que se unió la vasta reverberación del mar sereno, la roca se puso tibia é hizo entrar en calor al hombre.

Un suspiro levantó el pecho de Gilliatt; vivía.

Poco después Gilliatt se movió.

La tranquilidad del mar era inexpressable. Susurraba con el débil murmullo de la nodriza á su pequeñuelo. Parecía que las olas mecían el escollo.

Las aves marítimas, que conocían á Gilliatt, volaban inquietas á su alrededor. Pero no con su antigua inquietud salvaje, sino cerniéndose con cierta ternura. Lanzaban débiles gritos; parecía que llamaban á Gilliatt. Una paviota,

que acaso le amaba, se le acercó y le

habló; como él no la oía, se posó en sus hombros y le picoteó suavemente.

Gilliatt entonces abrió los ojos.

Las aves, contentas, pero ariscas, se echaron á volar.

Gilliatt se incorporó, se desesperó como el león que acaba de despertarse, corrió al borde de la plataforma y dirigió sus primeras miradas al estrecho de los Douvres.

Allí estaba su barco intacto. El tapon se había mantenido en el agujero.

Todo se había salvado.

A Gilliatt ya no le abrumaba el cansancio. Después que recuperó sus fuerzas, el desvanecimiento le produjo sueño profundo.

Sacó el agua del barco, dejó en seco la sentina, y al poner la avería fuera de la línea de flotación, se vistió, bebió, comió y estuvo alegre.

Examinando la vía de agua de día, vió que necesitaba más trabajo de lo que creía. Era bastante grave. Necesitó todo el día para repararla.

Al día siguiente, después de deshacer la barrera y de abrir la salida del desfiladero, vistiéndose los harapos que habían triunfado de la vía del agua, llevando encima el cinturón de Clubin con los setenta y cinco mil francos, y sentándose al lado de la máquina salvada, salió Gilliatt del escollo de los Douvres, con buen viento y con mar bonancible.

Puso la proa hacia Guernesey.

Al salir del escollo tarareaba á media voz la canción escocesa *Bonny Dundee*.